

10

La mentalidad cristiana y el desafío de las relaciones de género

MARY STEWART VAN LEEUWEN

A primera vista podría parecer que el desafío particular —el desafío de las relaciones de género— que he elegido es realmente raro para una ceremonia de graduación de un colegio mayor.* Después de todo, las universidades y los colegios mayores están tradicionalmente interesados por el descubrimiento, valoración y transmisión de verdades *universales* —los principios de realidad estables y fundamentales que trascienden los detalles concretos de la historia, la cultura y la conducta individual—. Naturalmente, hay colegios mayores y universidades que, al parecer, han renunciado en nuestra sociedad cada vez más secularizada a la búsqueda común de universales y, en su lugar, han adoptado una especie de docta ignorancia que lleva a sus miembros a burlarse de la mera sugerencia de que pueda haber principios generales estables en el universo.

Pero en la medida en que los colegios mayores y las universidades conservan esta visión de buscar las verdades universales, continúan una tradición que se remonta a las academias de la Grecia antigua,

* Este artículo corresponde a la conferencia pronunciada originariamente en la Wheaton College Honor Society en mayo de 1987. [Nota de los encargados de edición.]

pero que al mismo tiempo, en el caso de un colegio mayor cristiano, se apoya en la confianza de que la Palabra del Señor permanece para siempre —que esta Palabra revelada puede hablarnos verdaderamente en todos los tiempos, en todos los lugares, independientemente de las diferencias individuales y corporales—. En ocasiones se argumenta que en una visión como ésta de la educación superior la categoría del género tiene poco lugar, si es que tiene alguno. Según esta visión os encontráis en Wheaton (¿no es cierto?) para investigar y valorar lo que es universalmente humano. Por consiguiente, centrarse en las particularidades del género puede parecer decididamente provinciano y no académico, particularmente a los estudiantes (*de ambos sexos*) que han llegado a una competencia académica tan alta como la que, a mi juicio, habéis alcanzado.

Sin embargo, como académica *cristiana*, pretendo que mi argumentación en esta mañana sea diferente. Pretendo sostener, sobre la base de la revelación bíblica, que vuestra educación cristiana en artes liberales estará incompleta si no respetáis, ponderáis y lucháis con la idea del género y con sus realidades concretas —tanto si este tema se reconoce en la estructura del currículum formal del colegio mayor como si no se hace—. Y baso mi argumentación, no en ninguna pretensión de una comprensión privilegiada de la Escritura en todos sus detalles (pues sé que hoy se encuentran representadas aquí varias tradiciones cristianas, y cada uno de nosotros nos vemos tentados a pensar que nuestra interpretación tradicional de la Escritura es la única realmente adecuada), sino que quiero apelar a los datos esenciales del «drama bíblico» —la historia cósmica y total de la creación, la caída, la redención y la esperanza futura que en un esbozo amplio constituye lo que C. S. Lewis llamó «mero cristianismo»: pienso que todos nosotros podemos estar de acuerdo en su significación básica para la historia humana individual y colectiva—. Quiero decir algo sobre el significado de los tres primeros actos del drama bíblico (creación, caída y redención) para las relaciones entre vosotros como varones y mujeres —y, en concreto, varones y mujeres académicamente dotados— y sugerir algunas aplicaciones que —así lo espero— serán útiles para vuestra misión actual como estudiantes y para vuestra misión futura como probables líderes en la Iglesia y en la sociedad.

Comienzo con la creación, no precisamente porque éste sea el primer acto del drama bíblico, sino porque la teología de la creación es la base de la existencia del colegio mayor cristiano de artes liberales. Si pensáramos que no podemos aprender de Dios en el libro de la naturaleza al igual que en el libro de la Escritura; si no creyéramos que la imagen de Dios reside en *todas* las personas (no sólo en los que se confiesan cristianos) y que, como consecuencia, acatamos la verdad, venga de donde venga; si no tomáramos en serio el mandato de Génesis 1 y 2 de llenar la tierra y someterla, de cultivarla y conservarla; si no creyéramos que hemos de ejercer un dominio responsable como «reyes y reinas en Narnia» (por tomar prestada otra expresión de C. S. Lewis), entonces no tendría ningún sentido *tener* un colegio mayor cristiano de artes liberales, pues asumiríamos que sería peligroso e innecesario estudiar cualquier cosa por encima de las Escrituras y más allá de ellas.

Sin embargo, vuestra presencia aquí en este día es un testimonio contra semejante mentalidad. Como estudiantes, facultad y colaboradores de un colegio mayor cristiano de artes liberales, habéis afirmado, explícita o implícitamente, que esperáis estudiar aquí la Escritura —sí, en efecto—, pero esperáis mucho más: ver *toda la creación* a través de la *perspectiva* de las verdades bíblicas; usar la Palabra de Dios como una lámpara que ilumina todo camino, y no declarar prohibido ningún camino o ningún aspecto de la creación de Dios. Si éste es el caso, entonces el tema de las relaciones de género no es en modo alguno irrelevante o secundario; puesto que el género es parte del orden de la creación, tenemos el mandato divino de respetarlo, estudiarlo y (donde ha caído) aportar el poder salvífico de la verdad y de la acción redentoras sobre él.

Entonces, sobre las relaciones de género, ¿qué nos dice el relato de la creación que tengamos que conocer como académicos cristianos de artes liberales? Por encima de todo, nos sugiere que hemos de establecer una diferencia que en la actualidad se reconoce raramente. La teoría de las ciencias sociales contemporáneas distingue entre el sexo biológico, por una parte, y la socialización de papeles en función del género, por otra —es decir, una distinción entre lo que se piensa que es «naturalmente» masculino o femenino y lo que es simplemente el producto del aprendizaje basado en la cultura y, por consiguiente, más variable—. Además, puesto que casi siempre que se habla de diferen-

cias «innatas» entre varones y mujeres se termina hablando de «déficit» en las mujeres, la mayoría de los científicos sociales se muestran decididamente contrarios a no atribuir nada a la biología en esta cuestión. En otras palabras, se asume que cierta combinación de biología (una pequeña parte) y aprendizaje (una gran parte) es lo que explica todo lo que necesitamos saber sobre varones y mujeres.

Pero la Biblia no es un texto de biología ni de ciencia social en el significado ordinario del término. No nos habla tanto sobre la historia natural o social cuanto sobre la «metahistoria»; es decir, trata de las verdades universales sobre Dios, los seres humanos, y su relación a través del tiempo que ejerce una profunda influencia en todos los aspectos de la vida, pero que no se puede reducir ni a la naturaleza ni al aprendizaje, por muy importantes que éstos puedan ser y por mucho que puedan insistir los científicos sociales en que éstos constituyen toda la historia. Así, la distinción entre las explicaciones natural y social del género, por una parte, y la explicación bíblica, sobrenatural, por otra, es lo primero que hemos de recuperar.

Aproximadamente en las dos últimas décadas los exegetas y teólogos con una profunda estima de la autoridad de la Escritura han estudiado la cuestión de los varones y las mujeres en la Biblia quizá de un modo más minucioso que en ninguna otra época desde que se estableció el canon. Ha llegado el momento de abordar este tema. Y es sorprendente el gran acuerdo que hay entre estos académicos en la comprensión de los relatos de la creación del Génesis, a pesar de la gran diversidad de formación eclesiástica. Por ejemplo, no conozco ni un solo académico evangélico especialista en exégesis del Antiguo Testamento, que no afirme que Dios llamó a ambos sexos, sin preferencia, a ejercer un dominio responsable sobre la creación. Y tampoco conozco ni siquiera uno que sostenga que el hecho de que Eva sea una «ayuda adecuada» para Adán indique en modo alguno que ella ocupa una posición secundaria. Todos ellos saben que la palabra hebrea «ayuda» —la empleada en Génesis 2— se refiere predominantemente en el Antiguo Testamento a Dios —al Dios que, por ejemplo, ha sido nuestra «ayuda» en el pasado—. Finalmente, no conozco ni un solo académico serio que sostenga que el hecho de que Adán llame a Eva «mujer, porque del varón ha sido tomada» (Génesis 2,23) le otorgue ningún tipo de dominio sobre ella. Saben perfectamente que la fórmula hebrea

común por la que uno «*impone* [a un niño, a un animal, a un lugar, etcétera] *un nombre*» y, por consiguiente, afirma que es parte de sus bienes, no la usa Adán con respecto a su mujer hasta el final de Génesis 3, *después de que* la caída ha tenido lugar y Dios ha anunciado las consecuencias de ésta.

Por eso parece que desde el principio Dios quiere que varones y mujeres sean «coherederos» de la creación, de la misma manera que son coherederos de la salvación en el tercer acto del drama bíblico. Y vuestra presencia aquí en este día da testimonio de que compartís esta creencia. Pues si realmente creyéramos que las mujeres son para Dios desde la creación menos responsables que los varones en el ejercicio de sus talentos, o que estos talentos sólo están a disposición de los varones en todas las épocas y en todos los lugares, entonces tendríamos que decir con seguridad que Wheaton, Calvin y otros colegios mayores cristianos de artes liberales son peligrosamente antibíblicos, pues tienen el mismo grupo de requisitos disciplinarios y de artes liberales para ambos sexos.

Sin embargo, no pensamos así. En efecto, al mantener los requisitos de artes liberales diferentes y, al mismo tiempo, uniformes, incluso pasamos por alto el descubrimiento empírico confirmado de que los varones, en general, tienen una pequeña ventaja sobre las mujeres en ciertas habilidades matemáticas, mientras que las mujeres, en general, tienen una pequeña ventaja sobre los varones en ciertas habilidades lingüísticas. No se debe a que los administradores de nuestro colegio mayor no conozcan estas diferencias, ni al hecho de que estas diferencias puedan estar en parte determinadas biológicamente, sino al hecho de que han decidido pasarlas por alto precisamente porque afirman —implícita, y a veces explícitamente— que el ejercicio de un dominio responsable sobre la creación es misión de *ambos* sexos y que para llevar a cabo esta misión en este momento de nuestra cultura todos los estudiantes necesitan un cierto nivel mínimo de capacitación lingüística y matemática.

Todo esto puede parecer tan terriblemente obvio y simple que ni siquiera se pueda soportar el que se mencione. Y, efectivamente, las perplejidades de la vida en general y de las relaciones de género en particular *serían* simples si nos encontráramos todavía en el primer acto —el acto de la creación— del drama bíblico. Pero no nos encon-

tramos en él. Ha tenido lugar la caída y, a pesar de la resurrección de Cristo y de la efusión del Espíritu Santo, por la cual tenemos la promesa de que «todas las cosas son hechas de nuevo», nuestra re-creación no está completa ni lo estará hasta que Cristo vuelva a establecer un dominio total sobre todos los principados y poderes. Mientras tanto vivimos en la era metahistórica del «ya, pero todavía no» o, como dijo Oscar Culmann, en una era semejante al tiempo entre el día D y el día V durante la Segunda Guerra Mundial, cuando ya se había alcanzado el giro decisivo de la guerra, pero había que hacer todavía una dolorosa «limpieza del terreno», en la que hubo no pocas pérdidas.

Tampoco tengo que recordaros (espero) que la caída no tiene en cuenta la inteligencia —y aquí establecemos de nuevo una distinción que se olvida con frecuencia en la teoría de la ciencia social contemporánea—. Hay algunos teóricos del desarrollo moral (Lawrence Kohlberg, por ejemplo) que casi llegan peligrosamente a afirmar que las personas más inteligentes (según lo que en Occidente se considera inteligencia) serán las más morales —que la virtud es, en su raíz, una función de desarrollo cognitivo—. Sin embargo, la Biblia es inexorablemente democrática en la respuesta que da a una sugerencia semejante: no sólo hemos caído todos igualmente, sino que no hay ninguna función *dentro de* ninguno de nosotros —cognición, emoción, percepción o (¡lo habéis adivinado!) género— que no haya quedado deformada de alguna manera por los estragos de la caída. En realidad, parece como si Dios hubiera creído que las deformaciones producidas en las relaciones de género por la caída habían sido tan serias que merecían una mención especial antes de que Adán y Eva fueran expulsados del jardín. Les advirtió: «Después de esto, ciertamente que la vida no será para ninguno de vosotros un jardín de rosas. No sólo la tierra se resistirá cuando tratéis de vivir penosamente cultivándola, sino que el sentido de complementariedad y dependencia mutua que sentíais hasta ahora como varón y mujer también quedará deformado por vuestra desobediencia común».

Quiero tener mucho cuidado con lo que digo. De ningún modo quiero producir la impresión de que la caída ha hecho negativas, malas o amargas las relaciones de género. Por una parte, esto sería una conclusión contraria al calvinismo, porque la idea calvinista de la depravación total (contrariamente a la comprensión popular) nunca ha sig-

nificado que los seres humanos no pudieran nunca hacer de nuevo nada bien. Por el contrario, el calvinismo sostiene una teología de la creación y una visión de la gracia de Dios (que ejerce influencia en todas las personas) verdaderamente profundas. Estas dos doctrinas (como he sugerido previamente) abogan por una valoración positiva de la creación y por la confianza en que los seres humanos pueden, al menos durante cierto tiempo y si están adecuadamente motivados, separar la verdad de la mentira en sus esfuerzos intelectuales, sociales y de otro tipo. Sin embargo, aun cuando la doctrina de la depravación total no significa que nuestras funciones humanas están totalmente viciadas, significa que *ninguna* de estas funciones ha quedado libre de la influencia deformadora de la caída. Todas ellas, sin excepción, están en cierto modo afectadas. Lo que esto significa es que hemos de estar atentos a la posibilidad —más aún, la inevitabilidad— del pecado en todas las áreas de la vida. Podemos tratar de racionalizarlo o de justificarlo, pero al final estamos siempre obligados a aceptar que el pecado ejerce en nosotros una influencia más profunda de lo que pensamos.

Parece que a lo largo de la historia de la humanidad las relaciones de género han sido particularmente susceptibles a este tipo de deformación racionalista. Y, lo que es peor, también la exégesis bíblica que supuestamente dicta la configuración de dichas relaciones. Un ejemplo particularmente luminoso ha sido la justificación de la dominación masculina sobre la base de la segunda mitad de Génesis 3, como si ésta representara una norma de la creación que había que mantener y no una consecuencia de la caída que había que lamentar y a la que había que oponerse.

Llegados a este punto, me puedo imaginar cómo algunos de vosotros comenzáis a moveros en vuestros asientos. «Aquí llega», quizás estéis pensando, «la previsible publicidad feminista. Está a punto de decirnos que el sexismo masculino es el pecado original y que las mujeres son la nueva creación. Está haciendo tiempo para sacar el tema.» Bien, en realidad no voy a hacer tal cosa. En efecto, sería totalmente incoherente por mi parte sugerir algo parecido, pues acabo de decir que la caída ha afectado a *todas* las funciones en *todas* las personas, sin excepción. Es muy cierto que ha habido una detestable tradición de misoginia a lo largo de la historia de la exégesis bíblica. Se remonta a Crisóstomo,

que proclamó: «La mujer enseñó una vez y lo echó todo a perder», y a Agustín —quien concluyó que Dios entregó Eva a Adán simplemente para que le ayudara a reproducir la especie, pero que para cualquier otro tipo de actividad serviría mucho mejor un varón—, y continúa hasta nuestros días en varias teologías de la feminidad, aunque en formas más sutiles. Sin embargo, no hay ninguna virtud en sustituir simplemente el chauvinismo masculino por el femenino; es más, estoy dispuesta a apostar que si las mujeres, y no los varones, hubieran sido el sexo dominante a lo largo de la historia, se hubieran mostrado igualmente condescendientes —y propensas a la cisgénesis— en su teología de la masculinidad.

Lo que quiero sugerir es que la caída, aunque ha afectado igualmente a varones y mujeres, quizás haya afectado a varones y mujeres de formas ligeramente diferentes. Permittedme confesar que como psicóloga he mantenido una compulsión continua, durante casi quince años, por comprender tan profundamente como fuera posible el significado y las implicaciones de Génesis 3,16. Éste es el versículo en el que Dios, al anunciar las consecuencias de la caída, dice a Eva: «Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos; con dolor parirás los hijos. *Hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará*». Lo primero que se descubre al hacer la exégesis de este versículo misterioso es que la palabra hebrea traducida como *apetencia* aparece sólo tres veces en el Antiguo Testamento —y esto, por supuesto, hace más difícil la tarea de comprender la intención del versículo—. Estoy agradecida a uno de los exegetas de Wheaton, Gilbert Bilezikian, por el extenso estudio que ha realizado sobre este versículo en su libro titulado *Beyond Sex Roles*. En este volumen compara los usos y contextos de la palabra *apetencia* y hace una defensa convincente de que el versículo habla realmente de un deseo no recíproco de intimidad:

El deseo [de la mujer] estará dirigido hacia su marido, a fin de perpetuar la intimidad que ha caracterizado su relación en el paraíso perdido. Pero la nostalgia de la mujer por la relación de amor y reciprocidad que había existido entre ellos antes de la caída, cuando se descaban uno a otro, no se verá correspondida por la de su marido. Éste, en lugar de responder al deseo de su mujer [...], dominará sobre ella [...]. [En suma], la mujer

quiere un compañero y recibe un amo; quiere un amante y recibe un señor; quiere un marido y recibe un jerarca.¹

Clarifiquemos de nuevo lo que *no* se dice en el versículo. No se dice que la interdependencia positiva mutua entre el varón y la mujer prevista en la creación haya desaparecido totalmente (aunque dada la tasa actual de divorcio en los Estados Unidos, a veces me tienta el pesimismo a este respecto). Tampoco se dice que ser un «amo», un «señor» o un «jerarca» sea algo totalmente contrario al orden de la creación. El abuso humano del poder sólo es posible porque, en primera instancia, los seres humanos fueron creados a imagen de Dios y se les dio la libertad de ejercer un dominio responsable sobre la creación. A mi parecer, lo que Dios dice en Génesis 3,16 es que, como resultado de la caída, el varón será propenso a ejercer un dominio salvaje, a imponerse de una forma arrogante e ilegítima no sólo sobre la tierra y sobre otros varones (recuérdese el asesinato de Abel por Caín, el primer acto de guerra), sino también sobre la persona que es «hueso de [sus] huesos y carne de [su] carne, la ayuda correspondiente a [su verdadero] yo». Y así, a lo largo de toda la Escritura, nos encontramos con lo que Phyllis Trible, exegeta del Antiguo Testamento, ha llamado «textos de terror», en los que se presenta con todo lujo de detalles la objetificación cruel de las mujeres por los varones: los hechos sórdidos de David para conseguir a Betsabé; la violación real de Tamar por su hermano Amnón; la fatal violación de la concubina levita por un grupo de varones; el sacrificio de la hija de Jefé a causa del voto imprudente hecho por su padre, por mencionar sólo algunos. No son cuentos bonitos; y, francamente, si sólo por un momento creyera que de alguna forma Dios quiso que fueran normativos, simplemente dejaría de ser cristiana. Recordemos una vez más que esto no quiere decir que todos los varones en todas las épocas se comporten de esta forma con las mujeres: la creación, la gracia común y la redención han contribuido a que no sea así. A mi juicio, significa que en los varones hay algo semejante a un defecto congénito, que se remonta a Génesis 3.16 y que no se puede reducir ni a la biología ni a la socialización, que hace

1. Gilbert Bilezikian, *Beyond Sex Roles*, Grand Rapids, Baker Book House, 1985, pág. 229.

que para ellos sea demasiado fácil dar por supuesto el derecho a dominar a las mujeres.

Una vez más puedo imaginar cómo os retorcéis en vuestros asientos y comenzáis a suponer cuál será la próxima salida. «Finalmente, a pesar de que prometió que no lo haría, lo está haciendo después de todo. Está diciendo que los varones han tratado siempre con dureza a las mujeres, mientras que las mujeres han respondido siempre con una paciencia abnegada y han puesto la otra mejilla, dispuestas a morir.» ¿Acaso no equivale esto a decir que el sexismo por parte de los varones es el pecado original y que las mujeres son la nueva creación, que dieron los frutos del Espíritu mucho antes de que Pablo los identificara como las características de un cristiano redimido? Pues no; ya que, como veis, no hemos terminado la exégesis de las implicaciones de Génesis 3,16. Pues este versículo, a mi entender, es realmente bastante imparcial en la predicción del pecado en *ambos* sexos. Permitidme explicar por qué.

Anteriormente os recordé que el dominio responsable forma parte de la imagen de Dios en ambos sexos; también os recordé, con muchas palabras, que desde el principio Dios quiso que varones y mujeres fueran mutuamente dependientes. La teología trinitaria nos dice que desde el principio Dios era una pluralidad única de personas; es probable que por eso dijera: «*Hagamos* al ser humano a nuestra imagen», una imagen que incluye, al mismo tiempo que el dominio responsable, una sociabilidad intrínseca. Por eso los cristianos, a diferencia del filósofo Thomas Hobbes, jamás pueden decir que las personas son inevitablemente individualistas y que establecen de mala gana un contrato social con los demás simplemente para conseguir sus propios intereses privados. Por el contrario, hemos sido creados tan inquebrantablemente para vivir en comunidad que ni siquiera podemos llegar a ser personas plenamente si no crecemos en contacto con otros. Y así, de la misma manera que hay algo legitimado en la creación en el deseo de dominio por parte del varón (aun cuando abusa de él contra las mujeres), así también hay algo recto desde la creación en el deseo de la mujer de una unión completa con un varón y (como resultado, y a pesar del dolor concomitante) el deseo de la creación y mantenimiento de una familia.

Pero parece que Génesis 3,16 implica que, a causa de la caída, también este deseo de comunidad por parte de las mujeres ha quedado deformado por el pecado. Por lo cual, como veis, hay dos formas contrarias de abusar del ejercicio que Dios nos ha dado del dominio responsable. La primera (el pecado del varón) es tratar de ejercer el dominio sin tener en cuenta las intenciones originales del Creador para las relaciones entre el varón y la mujer. Pero la segunda (el pecado peculiarmente femenino) es usar la preservación de esas relaciones como una excusa para no ejercer en primer lugar un dominio responsable. En otras palabras, el defecto congénito de la mujer, a la luz de Génesis 3,16, es la propensión a evitar la responsabilidad personal. Efectivamente, es una tentación realmente seductora, pues se disfraza con mucha facilidad de virtud. Después de todo, ¿no hemos reconocido que la capacidad de servicio abnegada y el deseo de mantener la paz y la unidad interpersonal son frutos esenciales del Espíritu? Pues bien, sí y no, depende del contexto. Si las mujeres insisten en la paz a cualquier precio —si aceptan una actitud pasiva como una forma de evitar el riesgo y el posible aislamiento que puede producir el oponerse al mal—, entonces *no* están dando el fruto del Espíritu; seguro que están pecando tanto como el varón que domina las relaciones sin miramientos a fin de afirmar su propia libertad individual.

Ya he sugerido que el rey David, decidido a acostarse con Betsabé, es un paradigma del abuso masculino de poder del que hay que arrepentirse. Con todo, recientemente un miembro perspicaz de un seminario me indicó que quizá la Biblia contenga también un paradigma de cómo las mujeres se evaden de la responsabilidad, al que hay que renunciar igualmente: se trata de la reina Ester. Después de todo, Ester era la querida del harén del rey Asuero. Parecía que estaba muy contenta de mantener su identidad judía en secreto e incluso cuando su tío Mardoqueo le pidió que intercediera ante Asuero para salvar a los judíos del complot de genocidio por parte de Amán, ella respondió, efectivamente, que no estaba dispuesta a asumir ese riesgo. Pero entonces Mardoqueo la reprendió, con tanta eficacia como la del juicio que el profeta Natán hizo de David:

No te imagines que por estar en la casa del rey, te vas a librar tú sola entre todos los judíos, porque, si te empeñas en callar en esta ocasión, por otra parte vendrá el socorro de la liberación de los judíos, mientras

que tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Quién sabe si precisamente para una ocasión semejante has llegado a ser reina! (Ester 4,13-14).

Ester, como David, cambia radicalmente a consecuencia de esta reprensión profética y, después de pedir a los judíos que ayunen y recen por ella (manifestando así el modo *correcto* de la solidaridad comunitaria), finalmente dice: «A pesar de la ley, me presentaré ante el rey; y si tengo que morir, moriré». El resto, como sabemos, es metahistoria: los judíos son salvados de nuevo para que continúen siendo portadores de la promesa mesiánica de Dios, en parte porque una joven reina venció la herencia negativa de Génesis 3,16.

Ya he dicho que no estoy simplemente intentando ser una feminista militante en las cuestiones que abordo. Pero al tratar de comprender la tendencia de las mujeres a evitar la responsabilidad, de hecho contraigo una gran deuda con varias psicólogas feministas contemporáneas. Pues a pesar de la superación progresiva de las barreras *externas* para la realización de las mujeres, estas psicólogas han notado, con gran dolor y perplejidad, que, según parece, las mujeres tienen que vencer todavía unas barreras *internas* enormes. Los títulos escritos sobre este tema son significativos: *Women Who Love Too Much; Why Do I Think I am Nothing Without a Man?; Sweet Suffering; Woman as Victim* y, quizás el más sorprendente de todos, *Men Who Hate Women and the Women Who Love Them*.² Las autoras de estos libros comparten con otros científicos sociales el error de intentar reducir el problema de la excesiva dependencia con respecto a los varones primariamente a la forma en que las mujeres han sido socializadas a lo largo de la historia. No se dan cuenta (o se niegan a admitir) que hay una dimensión religiosa ineludible, anterior incluso a la socialización. Con todo, han realizado un trabajo notable al documentar los efectos empíricos de lo

2. Robin Norwood, *Women Who Love Too Much*, Nueva York, Pocket Books, 1986 (trad. cast. de Nora Escoms: *Mujeres que aman demasiado*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1987); Penelope Russianoff, *Why Do I Think I am Nothing Without a Man?*, Nueva York, Bantam Books, 1981 (trad. cast. de Eugenia y Olga Fisher: *¿Por qué creo que no soy nada sin un hombre?*, Barcelona, Paidós, 1991); Natalie Shainess, *Sweet Suffering; Woman as Victim*, Nueva York, Macmillan, 1984; Susan Forward y Joan Torres, *Men Who Hate Women and the Women Who Love Them*, Nueva York, Bantam Books, 1987.

que se indica en Génesis 3,16 sobre las vidas de sus clientes femeninas. Y me preocupa, como psicóloga cristiana, que se hayan realizado muy pocos trabajos sobre esta cuestión desde una perspectiva cristiana profesional.

Sin embargo, hay algunas excepciones, y una de ellas es un libro escrito por una graduada provocadora de Wheaton, llamada Kari Malcolm. En *Women at the Crossroads* habla del profundo shock que experimentó cuando llegó al colegio mayor en 1946 y descubrió que casi todas sus compañeras se dedicaban fundamentalmente a hacer tiempo hasta que apareciese un marido en el horizonte. Como noruega criada en China por sus padres misioneros, sobrevivió tres años de su adolescencia en un campo de concentración japonés durante la Segunda Guerra Mundial. Malcolm interpreta la experiencia del campo como la encrucijada de su vida particular —en la que aprendió que nada podría separarla del amor de Dios, y que Cristo tenía que ser su primer amor—. Para ella resultó trágico que una de sus mejores amigas dejara la facultad de medicina y la misión cuando un varón entró en su vida:

Parecía como si la niña que llevaba dentro —los sueños y aspiraciones de muchos años— hubiera muerto. [...] Yo no podía ver por qué el matrimonio y la facultad de medicina tenían que ser una propuesta o/o. Pero para muchas mujeres el matrimonio era una prioridad tan importante que sus carreras, y también el amor a Jesús, tenían que quedar relegados a un segundo lugar. [Otras] se empeñaban en alcanzar las metas de su carrera y dejaban a un lado las relaciones humanas y las espirituales. El amor a Cristo quedaba en segundo plano ante las ambiciones seculares. No obstante, encontré mujeres [...] que pusieron a Jesús en el primer lugar de su vida [y se prepararon para] servir a Cristo con su carrera, en casa o fuera de ella, sin vacilar en su propósito cada vez que su corazón se enamoraba. Muchas de ellas pospusieron el matrimonio hasta que sus maridos tuvieron metas y aspiraciones semejantes, a fin de que, como coherederos con Jesucristo, pudieran cumplir la voluntad de Dios en su vida. Al esperar, estas mujeres eligieron «el matrimonio y la misión» en lugar de «el matrimonio o la misión».³

3. Kari T. Malcolm, *Women at the Crossroads: A Path Beyond Feminism and Traditionalism*, Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1982, págs. 26-27.

Malcolm conoce muy bien las fuerzas psicológicas y sociológicas que contribuyen al deseo de las mujeres de evitar el riesgo y la responsabilidad al unirse a otras personas. Pero como cristiana de formación bíblica, se da cuenta de que esto no lo explica todo. Por debajo de estos mecanismos se encuentra el miedo a perder la seguridad, la familia e incluso la propia feminidad —un miedo que sólo puede expulsar el amor redentor de Jesucristo—. Y, escribe Malcolm, «la mujer que responde al amor de Dios con todo su corazón y con toda su alma caminará erguida como una hija del Rey»,⁴ precisamente porque esto es lo que Cristo vino a hacer: invertir los efectos de la caída en los varones, en las mujeres y en sus relaciones mutuas. Una de las realidades trágicas de nuestra caída, tal como queda expresada en Génesis 3,16, es que parece horriblemente complementaria en los efectos que tiene en los sexos: parece que a la propensión masculina a abusar del dominio corresponde de un modo compulsivo la propensión femenina a asegurar las relaciones, incluso las insanas, sin importar el precio que han de pagar.

Además, es significativo el hecho de que una de las cosas que Malcolm documenta en su libro es la desaparición casi total de argumentos sobre los papeles en función del género durante las épocas de renovación espiritual. Parece que cuando se produce la efusión del Espíritu, Génesis 3,16 se desvanece en el olvido porque varones y mujeres por igual responden a la llamada a la acción y a la llamada a la abnegación común. Por ejemplo, cuando los cristianos se comprometieron por primera vez en el movimiento abolicionista, uno de sus miembros, Theodore Weld, observó cómo las mujeres cayeron en la cuenta de que se evadían de la lucha contra la esclavitud basándose en la excusa de su condición femenina: «La misma semana que me convertí», escribió a dos compañeros abolicionistas, «y la primera vez que hablé en un encuentro religioso exhorté a las mujeres a que orasen y hablaran, si se sentían suficientemente motivadas para ello, y a que no dejaran de hacerlo por el hecho de ser mujeres. [...] El resultado fue que siete cristianas confesaron su pecado al verse refrenadas por su sexo, y oraron públicamente una tras otra en aquel encuentro».⁵

4. *Ibíd.*, pág. 33.

5. Citado en *ibíd.*, pág. 122.

Malcolm contrasta correctamente esta igualdad de los sexos basada en la renovación con la excesiva insistencia actual de muchos cristianos por entender hasta la última jota o tilde de una imagen «correcta» de la dirección y la sumisión. «Tenemos que ganar un mundo para Cristo», escribe. «El barco se está hundiendo y nosotros estamos en la orilla discutiendo acerca de quién tiene que ir a rescatarlo, si los varones o las mujeres.»⁶ Cuando hacemos esto, independientemente de la sinceridad aparente de nuestros motivos, nos evadimos en gran medida del acto presente del drama bíblico —el acto de la redención— en el que Dios nos ha colocado, y preferimos, por el contrario, responder a la influencia regresiva de la caída en las relaciones de género. Y, como he tratado de señalar por todos los medios, mujeres y varones hemos de asumir cierta culpa por haberlo permitido. Si Malcolm está en lo cierto cuando dice que una de las características de la renovación es la maduración de un verdadero sacerdocio de todos los creyentes, sin diferencia de género, entonces ¿cómo muchos de nosotros, varones o mujeres, podemos afirmar que hemos experimentado la renovación?

A los cristianos, varones y mujeres, jóvenes y viejos, que han descubierto ese primer amor radical del que escribió Malcolm, Jesucristo les aporta la redención en el ámbito de las relaciones de género, como en todas las demás áreas de la vida. A la mujer que reduce toda feminidad al mantenimiento de las relaciones y le dice a voz en grito: «¡Dichoso el seno que te llevó y los senos que te criaron!», le responde Jesús: «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan» (Lucas 11.27-28). Y viceversa, a los discípulos varones a quienes los rabinos les han enseñado a creer que la función primaria de las mujeres es ser compañeras sexuales de los varones y que el resultado automático del contacto público entre varones y mujeres puede ser sólo el deseo (y de esta forma justificaban las tremendas limitaciones impuestas a los movimientos y actividades de las mujeres), les dice Jesús en Mateo 5 que los varones no sólo pueden controlar el deseo —una de las muchas formas de objetificar a las mujeres—, sino que deben hacerlo. Como dice sabiamente Mary J. Evans (exegeta del London Bible College):

6. *Ibid.*, pág. 132.

Jesús [...] rechaza completamente la sugerencia [de los discípulos] de que el deseo es inevitable. [A diferencia de los rabinos] él no advierte a sus seguidores que no miren a las mujeres, sino que no lo hagan deseándolas. Hay que reconocer que las mujeres son sujetos por derecho propio, como seres humanos semejantes y no como objetos del deseo de los varones. Una vez que se reconoce que las mujeres son personas con las que se puede establecer una relación que no sea la del deseo sexual, y una vez que se reconoce que el deseo no es sólo pecado, sino pecado deliberado, un acto de la voluntad como el adulterio, entonces ya no hay ninguna necesidad de evitar el contacto social. Por eso Jesús acepta a las mujeres en el grupo de los discípulos, porque espera que los discípulos controlen sus deseos.⁷

He afirmado desde el principio que el dominio y la sociabilidad son aspectos esenciales de la imagen de Dios en todas las personas. He sostenido también, especialmente a la luz de Génesis 3,16, que la caída tendió a deformar el dominio más en los varones y la sociabilidad más en las mujeres. Además, los jóvenes viven actualmente con la herencia de la revolución industrial del siglo XIX que rompió la unidad orgánica de la vida familiar, pues retiró a los varones del trabajo basado en la casa para incorporarlos al trabajo asalariado en las fábricas urbanas, y dejó a las mujeres en el hogar como especialistas socioemocionales, despojándolas de las funciones económicas esenciales que habían compartido en la economía preindustrial. Sólo actualmente están comenzando los cristianos a caer en la cuenta de que no es en absoluto necesariamente bíblico asignar el trabajo doméstico invisible totalmente a las mujeres y el peso de mantener a la familia totalmente a los varones.

De modo que a los jóvenes y a las jóvenes que hoy son graduados les está esperando su trabajo. Actualmente la vida en un colegio mayor cristiano con frecuencia no es realista en cuanto a las relaciones de género. Los requerimientos de los cursos y la mayoría de los profesores son escrupulosamente imparciales en el modo de tratar a ambos sexos; las mujeres no han de estar preocupadas (confío en ello) de que las acosen sexualmente, como sucede a menudo en muchos ambientes seculares. Pero la prueba real de que han superado el legado de Génesis 3,16,

7. Mary J. Evans, *Woman in the Bible*. Downers Grove, Ill., Inter-Varsity Press, 1984, págs. 44-45.

todavía no ha llegado. En varias ocasiones he dicho a mis estudiantes que la prueba real de su compromiso en la curación de las relaciones de género no tiene lugar después de la graduación, ni siquiera con motivo del matrimonio, sino cuando empiezan a tener hijos. Porque entonces es una seducción fácil decidir que los varones están llamados «realmente» para el dominio y las mujeres llamadas «realmente» para el mantenimiento de las relaciones. En el proceso con frecuencia hacemos de los padres dueños ausentes, que apenas conocen a sus hijos —un rechazo de la llamada que han recibido desde la creación a la intimidad— y, al mismo tiempo, aislamos a las madres en el hogar de la familia nuclear, negándoles el ejercicio del mandato cultural que es una parte importante de la llamada que han recibido desde la creación. Y después nos sorprendemos de que los varones de clase media se vuelvan con frecuencia trabajadores obsesivos y de que las mujeres de clase media sufran a menudo depresiones.

Es una tragedia irónica que la Iglesia de Jesucristo, llamada a ser luz y sal en un mundo en decadencia, y a configurar relaciones redimidas en todas las áreas de la vida, se limite con tanta frecuencia a seguir el ritmo deforme del mundo que la rodea. Pero nunca es demasiado tarde para arrepentimos y recobrar nuestra herencia de redención, pues, como se dice popularmente, nuestro Dios es el Dios de la segunda oportunidad. También es el Dios del Espíritu Santo, que nunca niega su poder y su sabiduría a quienes lo desean verdaderamente. Hay miles de desafíos contemporáneos que actualmente reclaman la atención de jóvenes dotados; pero, a mi juicio, el desafío de las relaciones de género es uno de los más urgentes. De modo que, despertémonos y realicemos la obra del Creador.

II

Dolor y placer: evitar las confusiones de la tradición cristiana en la teoría feminista

BEVERLY WILDUNG HARRISON
y CARTER HEYWARD

Como en los Estados Unidos se acelera la represión política, las feministas tienen que agudizar sus críticas a las raíces culturales, sociales, religiosas y económicas de la opresión de las mujeres. Por otra parte, es necesario que en este clima reaccionario las teóricas feministas admitan la complejidad de las perspectivas de reconstrucción que tratan de forjar. Las teorías que simplifican excesivamente los objetivos feministas constructivos o que cuestionan los preocupantes dualismos de la cultura patriarcal con reacciones exageradas simplemente fomentan entre las mujeres la división que la represión política intenta sembrar.

La política y la teoría feministas contemporáneas, liberales y radicales, convergen frente a la violencia omnipresente contra las mujeres y en los esfuerzos crecientes por reducir las ya limitadas opciones que las mujeres tienen con respecto a las decisiones sobre la procreación y el cuidado de la salud. Pero en los análisis sobre pornografía o sobre lo que constituye una concepción óptima del erotismo de las mujeres, el consenso entre las feministas da paso a la aspereza y nuestra política tiende a convertirse en un campo de batalla de estrategias y teorías